

despavoridos. Además el resultado de la lucha no podía ser dudoso, era demasiado tarde para conquistar de nuevo las posiciones abandonadas. Durante una media hora la infantería de marina se batió encarnizadamente, se hizo matar, se portó admirablemente; pero los enemigos continuaban recibiendo refuerzos, desbordaban por todas partes de las praderas, por los caminos, por el parque de Montivilliers. Nadie hubiera podido desalojarlos de aquel pueblos á tanta costa adquirido, donde algunos millares de los suyos habían perecido y se encontraban revueltos entre la sangre y las llamas. Ahora se consumaba la obra de destrucción, sólo había allí montones de cadáveres, miembros esparcidos y restos humeantes y Bazeilles destrozado, aniquilado se deshacía en polvo.

Por última vez Enriqueta vió á lo lejos su casita que se desmoronaba entre torbellinos de llamas. Continuaba viendo enfrente, tendido al pie de la pared, el cuerpo de su marido. Pero una nueva oleada la recogió, las cornetas tocaban retirada, fué arrastrada sin saber cómo entre las tropas que se replegaban. Entonces se convirtió en un objeto, arrastrado, empujado por una muchedumbre que chorreaba por el camino. Y no sabía nada más, se encontró en Balan, en casa de gentes desconocidas y lloraba en una cocina, la cabeza apoyada sobre una mesa.

V

Sobre la meseta de la Argelia, á las diez, la compañía Beaudoin continuaba echada entre las berzas, en el sembrado de donde no se había movido desde por la mañana. Los fuegos cruzados de las baterías del Hattoy y de la península de Iges, que

iban aumentando, acababan de matar dos hombres y no llegaba la orden de avanzar: ¿iban á pasar el día así, dejándose ametrallar sin batirse?

Los soldados no tenían ya el consuelo de hacer algunos disparos. El capitán Beaudoin había logrado hacer que cesara el tiroteo, aquel inútil tiroteo contra el bosque de enfrente, donde no debía haber quedado ni un prusiano. El sol los quemaba en aquella postura incómoda, aplastados contra tierra.

Juan notó que Mauricio había dejado caer su cabeza, la mejilla contra el suelo, los ojos cerrados. Estaba muy pálido, con la cara inmóvil.

—¿Qué te pasa?

Mauricio se había quedado dormido. Tanto aguardar y el cansancio le habían rendido, á pesar de la muerte que volaba por todas partes. Se despertó bruscamente, abrió los ojos serenos, en los que se pintó el estupor de la batalla. Nunca pudo saber cuánto tiempo había dormido. Le parecía que había salido de la nada.

—¡Calla! ¡ya es raro! ¡he dormido!.. y me ha sentido muy bien.

En efecto, no sufría tanto de la cabeza ni del costado y aquella cintura que le ceñía dolorosamente antes, efecto del miedo, no le molestaba. Se burlaba de Lapouille, el cual desde que habían desaparecido Chouteau y Loubet, estaba intranquilo, y quería ir á buscarlos. ¡Vaya una idea buena, para ocultarse detrás de un árbol y fumar una pipa! Pache decía que se habían quedado en la ambulancia donde faltaban camilleros. ¡Vaya un oficio incómodo, el de recoger heridos bajo el fuego! Después, atormentado al recordar las supersticiones de su pueblo, añadió que tocar á los muertos era de mal agüero: los que los tocaban se morían.

—¡Cállese usted, animal!—gritó Rochas,—¡acaso muere alguien!

El coronel Vineuil, á caballo, volvió la cabeza. Se sonrió por primera vez aquella mañana. Después volvió á quedar inmóvil, impassible siempre, bajo las granadas, aguardando órdenes.

Mauricio, á quien los camilleros interesaban, los seguía con la vista, en los repliegues del terreno. Debía existir al extremo del caminito, detrás de una hondonada una ambulancia volante para las primeras curas, cuyo personal empezaba á registrar la meseta. Rápidamente colocaron una tienda de campaña, mientras que sacaban del furgón el material necesario, algunas herramientas, los aparatos, los trapos, para hacer las primeras curas antes de enviar los heridos á Sedán, á medida que se procuraban carruajes para trasportarlos, cosa que empezaba á faltar.

No había allí más que practicantes, y los camilleros, especialmente, daban pruebas de mucho heroísmo sin gloria. Los veían, vestidos con trajes color gris, con la cruz roja en la gorra y en el brazo, arriesgarse lentamente, tranquilamente bajo los proyectiles, hasta el punto donde habían caído los soldados. Se arrastraban sobre las rodillas, trataban de aprovecharse de los fosos, de los vallados, de todos los accidentes del camino, sin pretender exponerse tontamente. Después cuando encontraban algún soldado en tierra empezaba su ruda tarea, porque muchos sólo estaban desmayados y había que reconocer los muertos entre los heridos. Unos habían quedado con la boca pegada á la tierra, en un charco de sangre, expuestos á asfixiarse; otros tenían la boca llena de barro como si hubiesen mordido la tierra; otros estaban amontonados, las piernas y los brazos encogidos, medio aplastados. Con mucho tiento los camilleros los apartaban, los separaban, recogían á los que aún respiraban, les estiraban los miembros, les levantaban la cabeza, se la limpiaban, lo mejor que podían. Cada

uno llevaba una cantimplora con agua fresca, que guardaban con mucho cuidado. Y á menudo se los veía, de rodillas durante mucho tiempo, tratando de reanimar á un herido, aguardando á que abriese los ojos.

A unos cincuenta metros á la izquierda, Mauricio, vió á uno que trataba de reconocer la herida de un soldado, por cuya manga caía la sangre gota á gota. Había allí una hemorragia que el hombre de la cruz roja logró encontrar y detener, comprimiendo la arteria. En los casos urgentes, daban así los primeros cuidados, evitando los falsos movimientos para las fracturas, vendando é inmovilizando los miembros, para poder trasportarlos sin peligro. El transporte era asunto de cuidado: sostenían á los que podían andar, llevaban á los otros en brazos, como si fueran niños; ó bien los cogían entre dos, tres y cuatro según las dificultades, haciéndolos una silla entrelazando sus puños ó se los llevaban echados, cogiéndolos por los hombros y por los pies. Además de las camillas reglamentarias, tenían inventos ingeniosos, camillas hechas con fusiles aparejados con las correas de las mochilas. Y por todas partes de la llanura que barrían las granadas, se los veía aislados ó en grupo, que marchaban con su carga, bajando la cabeza, tentando la tierra con el pie, con heroísmo prudente y admirable.

Mauricio estaba mirando á uno á su derecha, á un muchacho flaco y endeble, que llevaba á un sargento gordo colgado de su cuello, con las piernas destrozadas, como una hormiga laboriosa transporta un grano de trigo demasiado gordo, los vió caer y desaparecer los dos al estallar una granada. Cuando se disipó el humo, el sargento reapareció tumbado de espaldas, sin ninguna herida nueva, mientras que el camillero estaba allí tendido con el costado abierto. Llegó otro, otra hormiga laboriosa y

activa, quien después de tocar y olfatear al compañero muerto, cogió al herido abrazado á su cuello y se lo llevó.

Entonces Mauricio la tomó con Lapoulle.

—¡Oye! —dijo— ¡si te gusta más ese oficio ves á ayudarlos!

Hacia algunos momentos que las baterías de Saint Menges tiraban con rabia, la granizada de proyectiles aumentaba, y el capitán Beaudoin, que seguía paseándose delante de su compañía, nervioso, se acercó al coronel, diciéndole que era una lástima agotar las fuerzas morales de los soldados durante tantas horas sin aprovecharlas.

—No tengo órdenes,—contestó estoicamente el coronel.

Vieron aún al general Douay pasar al galope, seguido de su estado mayor. Acababa de encontrarse con el general Wimpffen, que había llegado para suplicarle sostuviera lo que había creído poder prometer, pero con la condición formal de que el calvario de Illy, sobre la derecha, sería defendido. Si perdían la posición de Illy, no respondía de nada, la retirada era fatalmente necesaria. El general Wimpffen declaró que las fuerzas del 1.^{er} cuerpo iban á ocupar el calvario y en efecto vieron en seguida un regimiento de zuavos establecerse allí, de manera que ya más tranquilo el general Douay consintió en enviar la división Dumont en socorro del 12.^o cuerpo, muy amenazado. Pero un cuarto de hora después, cuando regresaba de ver la actitud firme de su izquierda, se desesperó al levantar la vista y al notar que en el calvario no estaban los zuavos, que habían tenido que abandonarlo, pues era imposible sostenerse allí, tan terrible era el fuego de las baterías de Fleigneux. Y anonadado, previendo el desastre, echó á correr hacia la derecha, cuando se encontró en plena retirada de la división Dumont, que se replegaba en desorden, alo-

cada, mezclada con los restos del 1.^{er} cuerpo. Este último, después de su movimiento de retirada, no había podido apoderarse de las posiciones que había abandonado por la mañana, dejando Daigny al XII.^o cuerpo sajón y Givonne á la guardia prusiana; obligado á subir al Norte hacia el bosque del Garenne, cañoneado por las baterías que el enemigo instalaba sobre todas las crestas, de un extremo á otro del valle. El terrible círculo de hierro y de fuego se apretaba; una parte de la guardia continuaba su marcha sobre Illy, de Este á Oeste, dando la vuelta á los montes; mientras que del Oeste al Este, detrás del XII.^o cuerpo, dueño de Saint-Meuges, el V.^o avanzaba siempre, pasaba de Fleigneux, llevando sus cañones más adelante con una temeridad imprudente, tan convencido de la ignorancia y de la impotencia de las tropas francesas, que no aguardaba á la infantería para apoyar á la artillería. Era medio día, el horizonte entero ardía, tronando, cruzando los fuegos sobre el 7.^o y primer cuerpo.

El general Douay, mientras que la artillería enemiga preparaba de tal modo el ataque supremo del Calvario, se resolvió á hacer un esfuerzo desesperado para apoderarse de él. Dió órdenes, se echó él mismo entre los que huían de la división Dumont logró reformar una columna que lanzó sobre la meseta. Resistió allí durante algunos minutos, pero silbaban tan fuertemente las balas, caía tal tromba de granadas, barriendo los campos, vacíos, sin un árbol, que el pánico se apoderó de las tropas y arrastraba á los hombres por las pendientes, por donde rodaban como si fueran pajas sorprendidas por una tormenta. Y el general se empeñó é hizo avanzar otros regimientos.

Una estafeta que pasaba al galope, gritó una orden al coronel Vineuil en el horrísono estrépito. Ya el coronel estaba de pie en los estribos, la cara ro-

ja, y con un movimiento de su espada, señaló el Calvario:

—¡Por fin, ahora nos toca, hijos míos!.. ¡Adelante; allá arriba!

El 106.º, arrastrado, se puso en movimiento. Una de las primeras, la compañía Beaudoin se puso de pie; en medio de las burlas, los soldados decían que estaban enmohecidos, que tenían tierra en las coyunturas. Pero á los primeros pasos tuvieron que tirarse á una trinchera abrigo que encontraron, tan vivo era el fuego, y desfilaron encorvados.

—Oye, Mauricio,—decía Juan,—¡mucho ojo! esta vez es cosa de cuidado... no asomes la nariz porque te la limpiarían, de fijo... y recoge bien tus huesos bajo el pellejo, si no quieres dejar alguno en el camino. Los que vuelvan sanos de esta, serán los buenos.

Mauricio apenas oía con el zumbido y el clamoreo que le atolondraban. No sabía si tenía miedo, corría arrastrado por los otros, sin voluntad propia, teniendo sólo el deseo de acabar pronto. Y hasta tal punto se había convertido en una ola de aquel torrente en marcha, que al producirse un brusco retroceso en el extremo de la trinchera, delante de los terrenos pelados que tenían que recorrer, sintió que se apoderaba el pánico de su cuerpo, pronto á huir. Era en él un instinto desbocado, una sublevación de los músculos obedeciendo al medio ambiente en que se encontraba.

Algunos hombres retrocedían, cuando el coronel se echó sobre ellos.

—¡Vamos, hijos míos, no me causaréis ese pesar, no vais á portaros como unos cobardes!... ¡Acordáos: el 106.º no ha retrocedido nunca, seríais los primeros que manchaseis la bandera!..

Espoleaba su caballo, cerraba el camino á los que huían, encontraba frases para cada uno, habla-

ba de Francia con voz que hacían temblar las lágrimas.

El teniente Rochas se emocionó tanto, que se encolerizó, y con su espada apaleaba á los hombres, como con un palo.

—¡Indecentes, os voy á hacer subir á puntapies, yo! ¿Queréis obedecer ó abro en canal al primero que vuelva la espalda?

Pero esas violencia, esos soldados llevados al combate á puntapies, repugnaban al coronel.

—No, no, teniente, me van á seguir todos... ¿No es verdad, hijos míos, no es verdad que no dejaréis á vuestro coronel solo enfrente de los prusianos?... ¡Adelante, allá arriba!

Y salió, y todos le siguieron, de tal modo había hablado á los soldados, como un padre á quien no se puede abandonar sin ser un perdido. El solo atravesó los campos pelados, tranquilo sobre su caballo grande, mientras que los hombres se separaban, se desplegaban en guerrillas, aprovechando cualquier cosa para resguardarse. El terreno subía, quedaban unos quinientos metros de rastrojos y de campos sembrados de remolacha, antes de alcanzar el calvario. En vez del asalto clásico, tal como se hace en las maniobras, por líneas correctas, no se vieron más que espaldas inclinadas que corrían á nivel del suelo, soldados aislados ó por grupos pequeños, arrastrándose, saltando á veces como insectos, ganando la cresta á fuerza de habilidad y de agilidad. Las baterías enemigas debían haberlos visto, las granadas barrían el suelo con tanta frecuencia, que los estallidos no cesaban. Murieron cinco hombres; un teniente quedó hecho dos pedazos.

Mauricio y Juan tuvieron la suerte de encontrar una valla, detrás de la cual pudieron correr sin grave riesgo y sin ser vistos. Una bala, sin embargo, agujereó las sienes de uno de sus compañeros, que

cayó entre sus piernas. Tuvieron que separarle con el pie. Pero ya no se contaban los muertos, había demasiados. El horror del campo de batalla, un herido que advirtieron gritando, sujetando sus entrañas con las manos, un caballo que se arrastraba aun con las patas rotas, toda esa horrorosa agonía, no los conmovía ya. Solo sufrían del horrible calor que hacía, de aquel sol del mediodía que les comía las espaldas.

—¡Qué sed tengo!—murmuró Mauricio.—Me parece que tengo hollín en la garganta. ¿No sientes ese olor de lana quemada?

Juan movió la cabeza.

—Lo mismo oía en Solferino. Tal vez sea el olor de la guerra... Aguarda, tengo todavía un poco de aguardiente, vamos á echar un trago.

Detrás de la valla, tranquilamente, se detuvieron... Pero el aguardiente en vez de apagar la sed, les quemaba el estómago. Exasperaba ese gusto á chamuscado detro de la boca. Y también se morían de hambre y hubiesen comido de buena gana la mitad del pan que Mauricio tenía en su mochila, pero no era posible. Detrás de ellos, á lo largo de la valla, llegaban otros soldados que los empujaban. De un salto, franquearon la última pendiente. Estaban allí en la meseta, al pie mismo del calvario, en el que se veía la cruz vieja, carcomida por el viento y el agua, entre dos tilos escuetos.

—¡Ya estamos!—dijo Juan.—¡Ahora sólo falta que podamos quedarnos aquí!

Tenía mucha razón, el sitio no era precisamente muy agradable, como hizo notar Lapouille con voz doliente, haciendo reir á todos. Se tumbaron de nuevo en un rastrojo, y á pesar de esto murieron otros tres hombres. Allá arriba era un verdadero huracán desencadenado; llegaba tal número de proyectiles de Saint Menges, de Fleigneux y de Givonne, que la tierra humeaba como si hubiese caído un

aguacero de una nube de verano. No podrían conservar esa posición mucho tiempo si la artillería no venía á apoyar las tropas, comprometidas con tanta temeridad. El general Douay, según decían, había dado la orden de que avanzaron dos baterías de la artillería de reserva, y á cada instante los soldados se volvían, aguardando esos cañones que no llegaban.

—¡Es ridículo, esto es ridículo!—decía el capitán Beaudoin, que había vuelto á dar sus paseos.—No se envía así un regimiento al aire, sin apoyarle en seguida.

Después, habiendo visto un repliegue del terreno á la izquierda, dijo el teniente Rochas:

—Diga usted, teniente, la compañía podría enterrarse ahí.

Rochas, de pie, inmóvil, movió los hombros.

—¡Oh! mi capitán, ¡aquí ó allí lo mismo da! El baile es el mismo. . Lo mejor es no menearse.

El capitán Beaudoin, que no juraba nunca, se incomodó.

—Pero ¡vive Dios! ¡Vamos á perecer todos! ¡No podemos dejarnos destruir de este modo!

Se empeñó, quiso darse cuenta por sí mismo de la posición que indicaba. Pero no había andado diez pasos, cuando desapareció en una brusca explosión, con la pierna derecha destrozada por un casco de granada. Cayó de espaldas, lanzando un grito agudo, de mujer sorprendida.

—Era seguro,—dijo Rochas.—No sirve para nada moverse tanto; lo que hay que pescar, se pesca.

Algunos soldados de la compañía, al ver caer al capitán, se levantaron; y como pedía auxilio, suplicando que se lo llevaran á la ambulancia, Juan acudió, seguido de Mauricio.

—¡Amigos! ¡en nombre de Dios, no me abandonéis, llevadme á la ambulancia!

—Es un poco difícil, mi capitán. . Probaremos...

Estaban viendo cómo podrían cogerle, cuando vieron, escondidos detrás del vallado, á dos camilleros que parecían estar aguardando trabajo. Los llamaron y lograron que se acercaran. Era la salvación si podían llegar á la ambulancia sin tropiezos. Pero el camino era largo y la granizada de hierro aumentaba.

Cuando los camilleros, después de haber vendado la pierna, se llevaban al capitán, sentado sobre sus puños entrelazados, sujeto á su cuello por los brazos, el coronel Vineuil, prevenido, llegó á caballo. Había conocido al capitán desde que salió de la escuela militar de Saint-Cyr, y le quería mucho.

—Tenga usted valor, pobre hijo mío... No será nada, le salvarán...

El capitán hizo un gesto, como si hubiese vuelto á tener valor.

—No, no, se acabó; lo prefiero. Lo que desespera es aguardar lo que no se puede evitar.

Se lo llevaron, los camilleros tuvieron la suerte de llegar sin tropiezo á la valla, deslizándose á su amparo con su carga. Cuando el coronel los vió desaparecer detrás de los árboles, donde se encontraba la ambulancia, sintió cierto alivio.

—¡Pero mi coronel!—dijo Mauricio,—¡también usted está herido!

Acababa de ver la bota izquierda de su jefe llena de sangre. El tacón había debido ser arrancado y un pedazo de cuero había entrado en la carne.

El coronel miró un momento su pie, que debía pesarle y quemarle.

—Sí, sí, dijo, me han regalado esto hace poco... Pero no es nada, puedo seguir á caballo...

Y añadió al volver á su puesto, á la cabeza del regimiento:

—Cuando se está á caballo y es posible sostenerse, todo va bien.

Las dos baterías de reserva llegaban. Al verlas,

los hombres sintieron cierto alivio, como si aquellos cañones fuesen el baluarte, la salvación, el rayo que iba á hacer enmudecer, allá, á los cañones enemigos. Y era un espectáculo magnífico, la llegada correcta de las baterías, en orden de batalla, cada pieza seguida de su armón, los conductores montados, los sirvientes sentados sobre los cajones, los cabos y sargentos galopando en el sitio reglamentario. Cualquiera hubiese creído que iban á la parada; conservaban las distancias con mucho cuidado, aunque avanzaban al galope, por entre los rastrojos, con un ruido sordo de tempestad.

Mauricio que se había acostado, en un surco, se levantó entusiasmado para decirle á Juan:

—¡Mira! eso que se instala á la izquierda, es la batería de Honorato; conozco á los artilleros.

Juan le cogió y le tiró al suelo.

—¡Echate, hazte el muerto!

Los dos, con el carrillo pegado á tierra no perdieron de vista á la batería, muy interesados con las maniobras; el corazón les latía, al notar la bravura, la sangre fría y la actividad de aquellos hombres, que les hacían confiar en la victoria.

Bruscamente, sobre una cresta pelada, se detuvo la batería; y fué cosa de un minuto, los sirvientes saltaron á tierra, desengancharon, los conductores dejaron las piezas en posición, hicieron dar media vuelta al ganado, para irse apostar á unos quince metros, detrás, frente al enemigo, inmóviles. Las seis piezas estaban espaciadas, dispuestas en tres secciones, mandadas por tenientes, las seis, reunidas bajo las órdenes de un capitán, delgado, muy alto, cuya silueta se destacaba sobre la meseta. Y oyeron gritar á aquel capitán, después de haber hecho el cálculo:

—¡El alza á mil seiscientos metros!

El objetivo iba á ser la batería prusiana á la izquierda de Fleigneux, detrás de unas zarzas, cuyo

fuego terrible hacia imposible resistirse en el calvario de Illy.

—Ya ves,—volvió á explicar Mauricio,—que no podía estar callado; el cañón de Honorato, se encuentra en la sección del centro. Mírale, ahora se inclina con el apuntador... ese es Luis: hemos tomado unas copas juntos en Vouziers, ¿te acuerdas?... Y allá, el conductor, á la izquierda, ese que está tan tieso á caballo sobre un magnífico alazán, es Adolfo...

El cañón con sus seis sirvientes y su sargento, más lejos la delantera, con los cuatro caballos sobre los cuales se hallaban los dos conductores, más lejos el armon, con sus seis caballos y tres conductores, más allá aún la prolonga, la forrajera, la forja, toda aquella cola de hombres, de animales y de material, se extendía en línea recta á unos cien metros, detrás, sin contar con los auxiliares, hombres y caballos para reemplazar á los que se inutilizaran, las piezas de recambio, todo lo que aguardaba á la derecha para no tener que exponerse inútilmente.

Honorato se ocupaba en cargar el cañón. Los dos sirvientes del centro volvían de buscar el cartucho y el proyectil, en el arcon donde vigilaban otros, y en seguida, los dos sirvientes de la boca, después de haber introducido el cartucho, la carga de pólvora envuelta en sarga, que empujaron suavemente con el atacador, deslizaban la granada, cuyas aletas rechinaban en la ranura. Muy pronto el ayudante dejó al descubierto la pólvora y encendió la mecha. Honorato quiso apuntar aquel primer disparo, medio echado sobre la flecha, moviendo el tornillo para encontrar el alza, indicando la dirección con la mano al apuntador, el cual, detrás y con la palanca, empujaba el cañón á la derecha ó á la izquierda.

—Debe estar bien,—dijo levantándose.

El capitán fué á verificar el alza. En cada cañón el ayudante tenía en la mano la cuerda, pronto á tirar de la hoja en forma de sierra que prendía el fulminante. Y se dieron las órdenes por números lentamente:

—¡Primera pieza! ¡Fuego!... ¡Segunda pieza! ¡Fuego!...

Se dispararon los seis cañonazos, las piezas retrocedieron, volvieron ser llevadas á sus puestos mientras que los sargentos notaban que su tiro era demasiado corto. Lo regularon y la maniobra volvió á empezar, siempre lo mismo, y esa lentitud, esa precisión, ese trabajo mecánico hecho con tal sangre fría, sostenían moralmente á los soldados. El cañón, el animal querido, agrupaba á su alrededor una familia, cuyos lazos mantenía la obligación común. Era la única preocupación, todo existía por él, los arcones, los carros, los caballos y los hombres. De ahí procedía la gran cohesión de la batería entera, una unión y una tranquilidad admirables.

Entre los soldados del 106º, los primeros disparos fueron recibidos con aclamaciones. ¡Por fin iban á poder tapparles la boca á aquellos cañones prusianos! En seguida hubo una decepción, cuando vieron que las granadas quedaban cortas y estallaban en el aire la mayoría, antes de haber alcanzado el sitio donde se escondía la artillería enemiga.

—Honorato—dijo Mauricio,—pretende que al lado de su cañón los demás son unos clavos... ¡Ah, su cañón, vaya un cañón, como que sería capaz de acostarse con él! ¡Mira qué ojazos le echa, cómo le hace limpiar para que no se caliente!

Se entretenga con Juan, reanimados ambos por aquel valor y aquella serenidad de los artilleros. Pero las baterías prusianas arreglaron el tiro á los tres disparos: primero demasiado largo, pero luego se hizo tan certero, que las granadas caían sobre

los cañones franceses, mientras que éstos, á pesar de los esfuerzos que hacían para alargar el tiro, no llegaban nunca. Uno de los sirvientes de Honorato, el de la boca, á la izquierda, cayó muerto. Apartaran el cadáver y el servicio continuó con el mismo cuidado, con la misma regularidad, sin prisa. Los proyectiles llegaban y estallaban de todas partes; y alrededor de cada pieza seguían los mismos movimientos metódicos, el cartucho y la granada se introducían, se arreglaba el alza y hecho el disparo, se colocaba de nuevo en su puesto el cañón, como si ese trabajo absorbiera por completo á los hombres, impidiéndoles ver y oír.

Pero lo que causó mucha extrañeza á Mauricio fué la actitud de los conductores colocados á unos quince metros de distancia firmes sobre sus caballos, dando frente al enemigo. Adolfo estaba allí, ancho de pecho, con sus bigotazos rubios en su cara roja; y se necesitaba en realidad un valor á toda prueba para estar así quieto sin parpadear, viendo venir las granadas, derechas, sobre sí, sin poder distraerse con nada. Los sirvientes que trabajaban, podían pensar en otras cosas; mientras que los conductores, inmóviles, solo veían la muerte por delante, y no tenían más distracción que pensar en ella y aguardarla, firmes sobre sus caballos. Los obligaban á dar frente al enemigo, porque si hubiesen estado de espaldas, el irresistible deseo de huir hubiera arrastrado á los hombres y á los animales. Viendo el peligro, se le aguarda estoicamente. No hay heroísmo más grande ni más oculto.

Otro hombre había muerto, la cabeza destrozada por un proyectil; dos caballos habían caído, con el vientre abierto; y el tiro del enemigo continuaba, tan mortífero, que la batería entera iba á ser desmontada si se empeñaban en continuar en la misma posición. Era preciso cambiar de puesto á pesar de

todos los inconvenientes que ofrecía la maniobra. El capitán no dudó un momento y gritó:

—¡Vengan los tiros!

Y la peligrosa maniobra se llevó á cabo con gran rapidez: los conductores dieron media vuelta, llevando los tiros que los sirvientes engancharon á los cañones. Al ejecutar ese movimiento desplegaron un frente muy extenso y el enemigo se aprovechaba para disparar con más rapidez. Otros tres hombres cayeron muertos. Al trote largo desfilaba la batería, describiendo entre las tierras un semicírculo para situarse á unos cincuenta metros á la derecha, al otro lado del 106°, sobre una meseta. Se desengancharon las piezas, los conductores se encontraron frente al enemigo y el fuego volvió á empezar, sin parar y con tal estrépito, que la tierra no cesaba de temblar.

Esta vez Mauricio lanzó un grito. De nuevo las baterías prusianas, á los tres disparos, habían hecho blanco y la tercer granada cayó sobre el cañón de Honorato. Vióse á éste acudir precipitadamente, tentando con mano temblorosa la herida, todo un esquinazo de la boca de bronce. Pero pudo cargarse y la maniobra continuó después de quitar de entre las ruedas el cadáver de otro sirviente, cuya sangre había manchado la pieza.

—No, no es Luis,—continuó pensando Mauricio.

—Mírale, ahora apunta, pero debe estar herido porque solo se sirve de su brazo izquierdo... ¡Ah! aquel Luis que hacía tan buenas migas con Adolfo, con la condición de que el sirviente, el hombre de á pie, á pesar de ser más instruido, fuese el humilde criado del conductor, del hombre de á caballo.

Juan, que le oía, le interrumpió angustiado:

—¡No podrán resistir! ¡Es cosa perdida!

En efecto, aquella nueva posición era más insostenible á los cinco minutos, que la primera. Los proyectiles llovían con la misma precisión. Una

30838

BIBLIOTECA INTERNACIONAL
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO